

Hoy día tenemos una de las más queridas historias del Evangelio—la historia del buen samaritano. San Agustín y otros padres de la iglesia interpretaron la parábola del buen samaritano de esta manera: El hombre que viajaba de Jerusalén a Jericó representa la humanidad, ustedes y yo. Jericó nos llama, y dejamos atrás la ciudad santa. Pero a lo largo del camino, los ladrones nos asaltan y nos arrojan en una zanja, y nos dejan desnudos y medio muertos. Los ladrones son las tentaciones de este mundo, todo lo que puede robarnos de ser el pueblo que Dios nos hizo que seamos. Jesús, el buen samaritano, demuestra compasión. Él venda nuestras heridas y nos lleva a un mesón, que se entiende que nos conduce a su Iglesia. Él le entrega al dueño del mesón dos denarios, los que representan los grandes mandamientos: amar a Dios y amar a nuestro prójimo.

Aquí, tenemos en el evangelio una declaración de nuestra condición y la respuesta de Jesús. Nosotros como seres humanos dejamos a Jerusalén, lo que representa la presencia de Dios, a fin de ir hacia Jericó, lo que representa todo lo que es autodestructivo y doloroso para otros. Todas las tentaciones nos roban de lo que es bueno y santo dentro de nosotros y nos arrojan dentro de una zanja de pecado, dejándonos espiritualmente desnudos y medio muertos. Jesús—el buen samaritano—nos demuestra compasión, vendando nuestras heridas y llevándonos a su Iglesia. Los dos denarios son los mandamientos grandes que Jesucristo le da a la iglesia, lo que nos enseña el poder curativo del amor, amor de Dios y el amor de nuestro prójimo.

Recuerden, sin embargo, el contexto de esta historia. Un doctor de la ley le preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» Cuando Jesús terminó de contar la historia del buen samaritano, él no respondió la pregunta, ¿Quién es mi prójimo? En vez, él le hizo otra pregunta: «¿Cual de esos quienes vieron a la víctima se

portó como prójimo de el que fue asaltado por los ladrones?» Y, como ustedes saben, «El doctor de la ley le respondió, «El que tuvo compasión de él»».

¿Quién entonces es nuestro prójimo? La respuesta a la pregunta, por supuesto, es cualquiera que necesite nuestra ayuda, nuestra respuesta compasiva. Estamos rápidos para venir a la ayuda de alguien quién es herido en un accidente, o una familia que desesperadamente necesita comida o refugio. Muchas veces olvidamos que nuestros vecinos o incluso aquellos que viven en nuestros hogares—nuestras esposas, nuestros maridos, nuestros hijos, o nuestros padres—sean el prójimo que necesita nuestra compasión. Muchas veces ha sido dicho que la gente que están más cerca de nosotros son la gente a la que le hacemos el más daño. Y quizás la razón que no tenemos compasión para aquellos dentro de nuestra familia es que hemos desatendido el primer mandamiento: para amar a Dios. Sin Dios, sin Jesús, sin la presencia del Espíritu Santo—la fuente de toda compasión—nos sentimos abrumados y consumidos por el estrés diario.

¿Quien es nuestro prójimo? Cualquiera, CUALQUIERA, que necesite nuestra ayuda, nuestra respuesta compasiva. ¿Qué más se puede decir? ¡Vamos y vivamos como Jesús nos enseñó a vivir!